

Weber, lector de Marx

En su conferencia *La ciencia como profesión**, Max Weber volverá sobre la cuestión de la relación entre ciencia y valores. De este vínculo particular ciencia-valores se derivan tanto el sentido de la ciencia como disciplina/profesión, cuanto principios metodológicos para la ciencia social.

Respecto de lo primero, la ciencia encuentra su sentido en función de valores que operan como supuestos: en efecto, *vale* la pena conocer los fenómenos que la ciencia estudia, más allá de que ese saber esté —precisamente por ser científico— condenado a no ser definitivo, sino a verse superado con el tiempo. La ciencia vale por este modo que tiene de ser precaria, y no por dar respuestas al sentido de la existencia humana, tema por el cual no debe preguntarse.

En cuanto a cómo repercute en lo metodológico la relación particular ciencia-valores, digamos que la ciencia no debe valorar el ser ni dictaminar el deber-ser. Esto es, no debe la ciencia valorar el objeto que estudia (o sea, si es deseable o no su existencia, perdurabilidad o caída) ni responder a la pregunta sobre qué valores se deben defender (si la igualdad o la libertad, por ejemplo). Los valores no son susceptibles de ser probados científicamente. Por eso el debate entre ellos es eterno. La ciencia produce juicios de hecho, no de valor. La dimensión valorativa de la ciencia en el dominio metodológico se juega sólo a nivel de los supuestos del investigador: el sujeto de conocimiento elige determinada parcela de la realidad porque le resulta significativa, recorta de la infinita masa del devenir (historia) lo que le resulta

valioso estudiar. En ese recorte se ponen de manifiesto los valores. Y esto no disminuye el valor científico de la investigación: por el contrario, define el lugar desde el cual se pronunciará el discurso acerca del objeto investigado. Por eso el investigador debe tener en cuenta el modo en que la dimensión valorativa repercute en su trabajo. En otros términos, debe ser consciente de los supuestos con los cuales, o desde los cuales, desarrolla su labor.

Para Weber, entonces, no hay proceso histórico objetivo, sino una masa de fenómenos fluctuante, de la cual el sujeto de conocimiento elige una porción, que le resulta significativa en función de valores presupuestos. Desde esta visión metodológica de la ciencia, Weber polemizará con, entre otros, Karl Marx. Le criticará su pretensión de objetividad del proceso histórico y de hallar un conocimiento también objetivo, capaz de traducir en conceptos ese ser objetivo que sería la historia.

La caracterización que realiza Max Weber de *El Manifiesto Comunista* en su conferencia *El socialismo*¹ de 1918, sintetiza esta crítica metodológica a la que nos referimos, a la vez que encierra una propuesta de lectura y de análisis de la obra de Marx.

Dirá Weber: «...este documento representa un logro científico de primera magnitud. Eso (...) es algo que (...) nadie podría negarlo en conciencia. En sus mismas tesis que hoy rechazamos se revela como un error de gran altura intelectual, que políticamente ha tenido vastas y quizá no siempre gratas consecuencias, pero que ha reportado muy fructíferas repercusiones en el ámbito científico»².

En efecto, por una parte, Weber reconoce el valor científico de la obra y, por otra, no duda en tachar de irracional y de romántica la idea del socialismo como alternativa al capitalismo. Lo que aquí interesa no es que Weber

* Weber, Max: *La ciencia como profesión. La política como profesión. Edición, traducción e introducción por Joaquín Abellán, Madrid, Espasa Calpe, Col. Austral, 1992. Decimos que Weber vuelve sobre el tema ciencia-valores, porque la conferencia data de 1919, y ya en los primeros años del siglo había escrito sus célebres artículos sobre metodología. En las páginas 20 a 31 y 41 a 47 de esta reciente edición, se encontrará información sobre esta bibliografía.*

¹ Weber, Max: «El socialismo», en *Escritos políticos*, ed. J. Abellán, Madrid, Alianza, 1991.

² Weber, Max: *ídem*, pág. 327.

piense que *El Manifiesto* es obra de una cabeza inteligente, sino que hay que preguntarse por qué considera que tal texto tiene valor científico. Si para Weber el valor científico se cifra en la capacidad de una investigación de formular hipótesis libres de valores sobre su objeto, no será entonces precisamente lo que *El Manifiesto* tiene de profético aquello que posea valor científico, sino que éste debe buscarse en lo que el escrito tiene de modo de análisis, de abordaje del objeto. En definitiva, lo que hay en él de teoría de lo social.

Este doble examen que formula Weber puede ser pensado, así, como una hipótesis de trabajo, que plantea, en el seno de la reflexión de Marx, una diferenciación de dos vertientes: por un lado, la del programa político; por otro, la de la teoría de la sociedad.

Profundizando esta sugerencia, podríamos decir que la primera vertiente se hallaría desarrollada centralmente en *El Manifiesto*, en tanto propuesta de acción política para el partido de la clase obrera; y, la segunda, en *El Capital*, los *Grundrisse*, la *Introducción de 1857* y en los trabajos de corte más filosófico como los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844* o *La ideología alemana*. No parece casual que hayan sido precisamente los textos centrales del Marx científico (*Grundrisse*, *La ideología alemana* y los *Manuscritos de 1844*) aquellos a los cuales Weber no tuvo acceso, en razón de haber sido publicados tras su muerte.

Se ha dicho que la obra de Weber es una discusión con «el fantasma de Marx»³. Partiendo de esta diferenciación que hemos propuesto, se podría afirmar entonces que esta discusión Weber la lleva a cabo con un fantasma bicéfalo o con dos fantasmas: el del Marx teórico y el del Marx político, el del Marx crítico de la sociedad y el del Marx que, como dice el autor de *Economía y Sociedad*, profetiza el advenimiento de la sociedad socialista a través de la revolución social.

A partir de aquí, interesa ver cómo y qué discute Weber con cada Marx, de cuál se siente/encuentra más alejado y por qué.

La discusión con el Marx político

Nos centraremos en su conferencia *El socialismo*, de 1918.

En primer lugar, y para apoyar lo que ya hemos dicho, se puede evaluar como sintomático que el título de

la conferencia sea, precisamente, *El socialismo*, y no, por ejemplo, *El marxismo*. Puede verse en esto una voluntad de no asimilar toda la obra de Marx a su vertiente política; de, en otras palabras, diferenciar la herencia que los partidos o corrientes socialistas han construido a partir del escrito político por excelencia de Marx (*El Manifiesto*) de la obra de éste.

En su crítica al socialismo como modelo de sociedad, Weber parte de una premisa: la democracia moderna es una democracia burocrática, entendida como la necesidad de contar con un cuerpo de funcionarios de carrera, dotados de saberes especializados, para la gestión de la economía y también de los asuntos de Estado.

En efecto, para Weber el problema está en cómo compaginar socialismo y burocratización moderna, en cómo resolver la contradicción interna entre socialismo como superación del capitalismo (lo que supone una sociedad avanzada, compleja) y su pretensión de reunir al trabajador con sus medios de producción. Ambas expectativas no resultan coherentes porque en una sociedad compleja, tecnificada, la producción y la dirección/gestión están inevitablemente escindidas, a consecuencia de una división del trabajo cada vez más minuciosa y compleja. Weber señala el vacío lógico de este proyecto socialista, su falta de coherencia interna: por un lado, plantea como condición de su existencia que el capitalismo haya agotado su capacidad de expandir las fuerzas productivas que caben en él, pero por otro no se hace cargo de las consecuencias que tal desarrollo conlleva, entre éstas, la separación gestión-producción. Podría sintetizarse esta contradicción interna del proyecto socialista en una pregunta: ¿cómo abolir la división del trabajo en una sociedad compleja?

Al examinar las tendencias económicas del capitalismo señaladas por Marx en *El Manifiesto*, es destacable que Weber acepta el modo de enfocar el problema propuesto por Marx, aunque tome distancia (de algunas hipótesis más que de otras) a la hora de analizar cómo esas tendencias se han plasmado en la realidad histórica. Es decir, acepta la fecundidad de analizar cómo re-

³ La expresión es de Solomon, A.: *Die Gesellschaft*, vol. 3, 1926, pág. 144, citado en Beetham, David: *Max Weber y la teoría política moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1979, pág. 387.

percute la organización/disposición de las estructuras económicas en la conformación de los grupos sociales y, así, en la conducta política de éstos en general, pero discute —por ejemplo— que la economía capitalista conduzca a la proletarización creciente, afirmando que en verdad lleva a la burocratización (dictadura de los funcionarios en lugar de la del proletariado); asimismo, ve en la trustificación y cartelización una diferencia respecto de la pura y simple concentración entrevista por Marx. Tampoco niega la existencia de crisis periódicas en el último siglo, pero entiende que la cartelización actual las atenúa.

Weber no elude analizar las reformulaciones de las tendencias planteadas en *El Manifiesto* que, en clave revisionista, se han planteado en el seno del movimiento socialista. Incluso cabe decir que se encuentra considerablemente más próximo de esas reconsideraciones que de las líneas maestras de *El Manifiesto*, y que muchas de sus críticas a éste se nutren de la óptica bernsteiniana. Pero, no obstante, para Weber esas reformulaciones no alcanzan a replantear el núcleo central de la expectativa socialista: la socialización de los medios de producción y la concepción de la historia como proceso de crecimiento por etapas, de la que se deriva la idea del socialismo como superación del capitalismo, a consecuencia de su alto desarrollo. Y estas dos expectativas son las que, precisamente, entran en contradicción, o mejor, dejan intacta la contradicción interna del proyecto socialista que Weber marcaba al comienzo de su conferencia: ¿cómo abolir la división del trabajo en una sociedad compleja? Es por esto que el autor de *Economía y Sociedad* se pregunta cómo, aun dándose las premisas reformuladas por los revisionistas, harían éstos para gestionar la economía.

Es interesante ver que la objeción que formula Weber al proyecto socialista es planteada en términos técnico-operativos y no de principios. Es decir, Weber no rechaza el proyecto socialista por horror a las masas (tic har-to usual en la época), sino por desconfiar de la racionalidad operativa, funcional, formal, de tal proyecto. La estructura de poder que podría montar el socialismo no le parece coherente a Weber en términos de eficacia. Incluso llega a decir, en relación al experimento que en esos momentos se inicia con la Revolución Rusa, que él no forma parte de los que lo rechazan por estar liga-

do al modo de vida burgués, sino que está dispuesto a «convertirse» a la idea si es que ésta «funciona».

De aquella contradicción interna del proyecto socialista, Weber deriva —para el caso del bolchevismo y también del sindicalismo soreliano, en la medida en que ambos participan de la idea revolucionaria de toma del poder— una suerte de apunte para una teoría del sustituisimo de la clase/sujeto histórico por la elite intelectual.

En efecto, la contradicción entre la expectativa de toma del poder por la clase obrera y el que éste deba plasmarse en una sociedad compleja —cuya gestión política y económica se ha vuelto, a los ojos de Weber, un saber técnico especializado—, genera la imposibilidad final de que la clase obrera se haga cargo de la gestión social. Y esto, otra vez, no a raíz de una incapacidad congénita de la clase obrera, sino en función de las constricciones estructurales del modo capitalista, que impiden que el obrero manual —sujeto a la disciplina fabril y al trabajo repetitivo— acceda al saber técnico necesario para tal emprendimiento. De aquí se deriva que su rol tienda a ser desempeñado, en su nombre, por una elite intelectual. Dos motivos facilitan esta sustitución: por un lado, el hecho de que esta elite sí posea un saber especializado (más allá de que redunde en una gestión eficiente o no) y, por otro, porque la posición social de la elite, alejada de las constricciones de la vida cotidiana, favorece la constitución de una personalidad política romántica, que sueña con la revolución y la huelga general (mientras que, por cierto, ya en esa época la mayoría de la clase obrera es reformista). Esto podría ser un primer apunte para la idea weberiana de que el socialismo significaría, al fin, una burocratización completa de la vida social.

Por lo tanto, tenemos que la contradicción interna que conlleva el proyecto socialista (cómo compaginar la expectativa de un poder obrero si esta clase no se halla en condiciones técnicas de gestionar la política y la economía propias de una sociedad compleja, y esto por razones materiales) trae no sólo la imposibilidad del socialismo como tal, en la medida en que éste no podría cumplir su rol de superación de la opresión capitalista, sino que también acarrea la necesidad de sustituir a esa clase llamada a gestionar el poder por una elite intelectual, incapaz de una gestión política responsable por su carácter mismo de intelectuales —en el sentido de no políticos profesionales— (alejamiento de las exigencias